

EN EL RECUERDO DE LAS ISLAS DE MANUEL ALVAR*

Manuel Alvar Ezquerro
Universidad Complutense

RESUMEN

La relación de Manuel Alvar con las Canarias fue particularmente fecunda en lo personal y en lo científico. Sus aportaciones sobre las hablas insulares constituyen sin duda alguna la columna central de esta parcela de la investigación lingüística en las cinco últimas décadas. En este artículo, escrito con la fuerza de la sangre y con la contundencia de la razón, Manuel Alvar Ezquerro recorre de forma sintética toda esta andadura de casi medio siglo de estudio lingüístico, maestría y generosidad.

PALABRAS CLAVE: Dialectología, español de Canarias, biografía, Manuel Alvar.

ABSTRACT

Manuel Alvar's relationship with the Canaries was particularly rich in the personal and scientific fields. His studies on the Spanish spoken in the Islands represent no doubt the backbone in this area of the linguistic research in the last five decades. In this paper, composed jointly with all the strength of the feelings and with the forcefulness of truth, Manuel Alvar Ezquerro gives us in a brief manner the picture of this half a century of linguistic work, mastery and generosity.

KEY WORDS: Dialectology, Canary Spanish, biography, Manuel Alvar.

Mis Islas. No tenía otra manera de llamarlas, «escritas siempre con una mayúscula que las independiza de tantas otras islas como conozco»¹. Habían quedado prendidas en su corazón y formaban parte de su ser, de su vida, de sus desvelos como hombre, como profesor, y como dialectólogo.

Llegó a ellas por vez primera hace ya más de medio siglo, y parece como si el tiempo no hubiera transcurrido desde entonces, como si nunca hubiera tenido que haber una primera vez, pues estaba siempre en sus Islas, y las Islas estaban en él. Era el ahora lejano para nosotros año de 1954. «Fueron dos meses apacibles los que pasé en mis Islas por 1954: uno en la Universidad de La Laguna y casi otro en Gran Canaria», recordaba no hace mucho, con motivo de un homenaje en la Universidad de La Laguna². A continuación se sucedieron las idas y venidas, sin cesar, como el necesario oleaje que acaricia las playas para demostrarnos que el tiempo no se ha detenido y que el mar continúa su presencia. Siempre había alguna excusa, y cuando no, había que



buscarla, desde su corazón o desde el de quienes querían tenerlo al lado, para escuchar sus latidos y saber que estaba ahí, en la conversación o en el trabajo.

Después de haber recorrido todo el mundo, quiso que su último viaje, de los que tienen regreso, también fuera a sus Islas, para sancionar con su participación el I Congreso Internacional sobre el Español de Canarias, organizado, precisamente, por la Academia Canaria de la Lengua en la que puso no pocos empeños para que los malos temores no se cumplieran. Se celebró entre los días 25 y 29 de junio de 2001, en Tenerife y en Gran Canaria. Sabía de sus dolencias, y no quiso dejar de despedirse de las Islas, de sus gentes, de sus amigos, de los conocidos y de los no conocidos, como hizo al terminar el «Prólogo» de su último libro, escrito al regreso de aquel viaje: «Al menos, el ánimo no ha faltado. Y ahora, amigo mío en el recuerdo o en la ignorancia, adiós por si no volvemos a vernos»³.

Su amor era más fuerte que su dolor, y en Canarias estuvo con nosotros aquellos días, sólo muy pocas semanas antes de volver la última página de su libro, repasando los capítulos escritos en cada una de las siete islas, una por una, página a página, línea a línea, letra a letra. No había quedado un solo rincón que no hollaran sus pies y que no abarcara su vista, ni un solo sonido que, atentos, no escucharan sus oídos. Allí estaban el día del regreso, sobre el mar, tranquilas en el atardecer entre nubes violáceas, alejándose desde la ventanilla del avión, todas unidas en la despedida, llenas de recuerdos, justificando su vida. Y su mano con la de Elena. Aquella fue la última vez, pero la contemplación de las Islas se había repetido en cientos de ocasiones:

Rompiendo en los veriles de la orilla, el mar apura la blancura de su cabrilleo y la luz del Sol se convierte en una paleta inesperada: son los siete colores del espectro que se perfilan como siete islas bien diferenciadas. Acaso algún matiz indeciso al que llamaríamos Montaña Blanca, Alegranza, Roque del Este, Roque del Oeste, la Graciosa o isla de los Lobos. Los colores se enarcan en el cielo como si tuvieran el estribo que los sostiene en aquellos nombres salidos de unos libros de caballerías o de unas cartas de navegar, cuando sacar puntos más tenía de adivinanza que de rigores. Siete islas como los siete colores de la luz, abierta en un prodigioso abanico. Y el mito sin tiempo se convirtió en historia con almanaque de páginas bien tajadas y quedó, para siempre, un resquemor de misterios sorprendidos. Los años se contaron apiñando hojas, pero, entre tanto día marcado, serpearon las horas sin tiento⁴.

* Las páginas que siguen son el texto ampliado, de las palabras que leí en los homenajes que la Academia Canaria de la Lengua rindió a Manuel Alvar en las Universidades de Las Palmas de Gran Canaria y de La Laguna los días 15 y 16 de mayo de 2003.

¹ Manuel ALVAR, *Mis Islas*, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, Madrid, 1990, pp. 7-8.

² «El Español de Tenerife, cuarenta años después», en Cristóbal CORRALES y Dolores CORBELLÁ (coords.), *Estudios de dialectología dedicados a Manuel Alvar*, Instituto de Estudios Canarios, Tenerife, 2000, pp. 15-23; la cita procede de la p. 16.

³ *Español en dos mundos*, Temas de hoy, Madrid, 2002, p. 18.

⁴ Es el comienzo de «Islas Afortunadas», en *Por los caminos de nuestra lengua*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1995, pp. 151-154.

Fue *El español hablado en Tenerife*⁵ su primer trabajo sobre el español de Canarias, cuando los estudios navarroaragoneses ocupaban una buena parte de su quehacer —pues de aquellas tierras llegaba—, y cuando había comenzado a preparar el atlas de Andalucía —la tierra que lo acogió—. El libro era fruto de su imparable actividad, y de un amor que comenzaba a prenderse de su corazón. Fue consecuencia de aquella primera vez de 1954, y de la generosa entrega de cuantos le rodeaban: «Chano [Sebastián Sosa] me acompañó a casi todas mis andanzas —cuando hice el atlas era Ramón Trujillo mi guardián—. Rellené mis cuadernos y en Granada elaboré los materiales. Al libro le dieron en 1955 el «Premio Antonio de Nebrija» y así empezó la andadura de la dialectología canaria»⁶.

Las Islas eran el puente que necesitaba entre su tierra de adopción, Andalucía, y la pasión que no cesaría, América. Canarias lo unía todo, y lo explicaba, pero nada sucedió de repente. Hubo que conocer las hablas andaluzas a través de las numerosas encuestas del *ALEA*⁷, hubo que hacer las del *ALEICan*, y hubo que realizar las de América⁸, en un quehacer que marea (nos mareaba a toda la familia con sus continuos viajes, cargado de cuestionarios, aprovechando el más mínimo periodo vacacional para avanzar; cuando estaba en EEUU aprovechaba para ir a Puerto Rico, a Paraguay, al Chaco argentino, pues, ya que estaba en América ..., haciéndonos dudar de lo poco que creíamos saber de geografía, y del significado de los kilómetros y las distancias; resultaba imposible decir con seguridad en qué lugar se encontraba en un momento preciso).

En ese continuo ajetreo, de desvelo por la lengua y por salvar lo poco que queda de un mundo tradicional que va terminándose debido al empuje de la industrialización y de la globalización, tuvo una de sus mayores satisfacciones, y de las últimas, la de encontrarse, y poder describir, el dialecto canario hablado en Luisiana, el testimonio más alejado de su lugar de partida que ha podido allegar de la presencia de las gentes de sus Islas. Pero las alegrías también se tuercen en tristezas: antes, en San Antonio, Tejas, había visto cómo lo que ahora se llama Main Plaza, no era sino la Plaza de las Islas, un desgarró más que produce la Historia de Canarias en el Nuevo Mundo.

El proyecto del atlas de Canarias era algo que le rondaba en la cabeza, y que ya tenía esbozado para su primer encuentro de 1954, pero no le era posible realizar todo a la vez, pese a su empeño y a su infatigable quehacer. El *Cuestionario*⁹ no llegaría hasta

⁵ CSIC, Anejo LXXIX de la *RFE*, Madrid, 1959.

⁶ «El *Español de Tenerife*, cuarenta años después», citado, p. 16.

⁷ *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*. Con la colaboración de A. Llorente y G. Salvador, Universidad de Granada-CSIC, Granada, I, 1960; II, 1963; III, 1964; IV, 1964; V, 1972; y VI, 1973. De la obra hay una segunda edición, 3 vols., Junta de Andalucía-Arco Libros, Madrid, 1991.

⁸ *El español en el sur de Estados Unidos. Estudios, encuestas, textos*, Universidad de Alcalá de Henares-La Goleta Ediciones, Madrid, 2000; *El español de la República Dominicana. Estudios, encuestas, textos*, Universidad de Alcalá de Henares-La Goleta Ediciones, Madrid, 2000; *El español de Venezuela. Estudios, mapas, textos*, 3 vols., Universidad de Alcalá de Henares-La Goleta Ediciones-AECI, Madrid, 2001; *El español en Paraguay. Estudios, encuestas, textos*, Universidad de Alcalá de Henares-La Goleta Ediciones-AECI, Madrid, 2001.

⁹ *Cuestionario del Atlas Lingüístico-Etnográfico de Canarias*, Instituto de Estudios Canarios, CSIC, La Laguna, 1964.



diez años después, y un par de lustros más adelante saldrían los tres tomos del atlas¹⁰, cumpliendo uno de sus sueños más queridos, en lo personal y en lo científico:

El *ALEICan* exige el conocimiento de la realidad andaluza, como será exigido cada vez que se tañan las cuerdas del español de América. Nació, pues, en mi intención, como el desarrollo de cuanto íbamos sabiendo de las hablas meridionales de la Península, y ser fiel a estos principios teóricos es lo que ha emprendido, bien que sin forzar la realidad actual y singularísima de las hablas insulares. Por eso, cuando en el verano de 1963 el Instituto de Estudios Canarios —a través de don Elías Serra, su director— me invitó a realizar un atlas de las islas, acepté. Y acepté pensando en esa nueva tésera que podíamos poner al mosaico de la geografía lingüística del español. En este momento, cuando trato de recordar a quienes me decidieron a llevar a cabo la empresa, debo citar a Jesús Hernández Perera, compañero de Universidad y amigo muy querido, que con su discreción y tacto consiguió mi total autonomía para proyectar y llevar a cabo una obra que es —en sus méritos y en sus defectos— exclusivamente mía¹¹.

Las tareas no fueron pocas, y la distancia que separaba Granada de las Islas quedó aminorada gracias a la vinculación que, desde 1963, tuvo con la Universidad Internacional de Canarias, lo que le permitió, lo que le obligó, a realizar las encuestas en un tiempo ciertamente breve, cinco años, pese a que a él le pareció demasiado largo, pues, por desgracia, la publicación se demoró más años de los deseados.

Lo llevado a cabo fue superior a lo proyectado, en una muestra más de su tesón y entrega a cualquier obra que emprendía. De este modo, para Canarias tenemos el atlas con una mayor densidad de puntos encuestados, y mayor número de hablantes por km² de toda la Rómania. Y por si ello fuera poco, hay encuestas que quedaron al margen del atlas. Lo demás es bien conocido, pues gracias a él, o como consecuencia suya, el español de Canarias resulta la variedad de nuestra lengua más estudiada y mejor conocida. ¡Cómo han podido cambiar las cosas en menos de medio siglo! El panorama era desolador cuando apareció *El español hablado en Tenerife*, y hoy, gracias a la legión de investigadores que ha ido formándose, es un espejo donde pueden mirarse los estudios de la lengua. Lo que sonrojaba hace poco más de cuarenta años es ahora motivo de merecido orgullo.

La publicación del atlas supuso sentar las bases para la dialectología canaria. Aquel esfuerzo podría haber supuesto el hastío, tras haber recogido minuciosamente el habla de sus Islas, tras haberles entregado todos sus esfuerzos. Pero no fue así, no podía ser así porque la firmeza del cariño y el apego hacia las islas se había ido reforzando a cada paso dado en ellas, en cada conversación con sus gentes. Fue, por el contrario, el necesario punto de partida para una fecunda producción que vendría a renovar no sólo el conocimiento del hablar canario, sino también el método en la dialectología y en la sociolingüística.

¹⁰ *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Madrid, I, 1975, II, 1976, y III, 1976.

¹¹ En la tercera columna de la «Nota preliminar» con que se abre el atlas.

Son multitud los trabajos que Manuel Alvar dedicó al español de Canarias, pero no quiero hacer aquí una tediosa bibliografía, por otra parte ya recopilada¹². Baste con recordar sus dos tomos de *Estudios Canarios*¹³, donde recoge estudios anteriores dispersos, o los *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*¹⁴, que abrieron una nueva vía de investigación en nuestra lengua, no sólo en el español hablado en Canarias, haciendo avanzar los estudios dialectológicos hacia novedosas maneras de aprehender la variación lingüística, con un excelente anticipo en la «Sociología en un microcosmos lingüístico (El Roque de las Bodegas, Tenerife)»¹⁵, de cuya encuesta puede contarnos no pocas cosas Ramón Trujillo. El libro sobre Las Palmas no era fortuito: «He elegido Las Palmas como objeto de mi estudio porque allí se cumplen de manera ejemplar las conclusiones a que llegué en mis trabajos de sociología lingüística, y —no lo ocultaré— por razones personales: estoy vinculado a la ciudad desde hace una decena de años a través de su Universidad Internacional. Lo que en principio no fue otra cosa que trabajo profesional, cumplido con vocación y entusiasmo, se me convirtió en esencia de amor. Porque en esta ciudad tropecé con alguno de esos hombres que me ayudaron con desinterés y cariño; porque encontré la rara flor de la hidalguía, tan marchita por doquier; porque la libertad de criterio la vi acompañada de bondad y comprensión»¹⁶.

Él tuvo la dicha de llegar un día a estas Islas «[...] que por su fortuna fueron Afortunadas, y yo, que he tenido en ellas mi evasión celeste, me he encontrado con el don mágico de la palabras, que organiza la visión paradisíaca que la realidad me ofrecía, y a través de la palabra he llegado al corazón de nuestros hombres o pude transmitirlos la emoción del mío. Así Canarias pudo explicar muchas parcelas de mi quehacer científico, y no pocas de mi sentir humano. Pero si lo personal sólo (¡y de qué modo!) para mí cuenta, quiero creer que lo que es investigación debe valer para todos, si se formula correctamente»¹⁷. Estaba convencido, y fue la gran aportación de Manuel Alvar, que el español hablado en Canarias no era algo marginal como el judeoespañol, ni el español de los Reyes Católicos que había quedado en estos navíos varados en medio del Océano, con su proa apuntando hacia América. «Español de mis Islas, tan de buena ley como el mejor de cualquier parte, hecho de palabras fecundas para que las usaran nuestros grandes autores»¹⁸.

¹² Cfr. «Manuel Alvar: bibliografía canaria (1955-1999)», en *Estudios de dialectología dedicados a Manuel Alvar*, citado, pp. 237-256, donde no solamente se recogen sus publicaciones de dialectología canaria, sino también los trabajos basados en el *ALEICan*.

¹³ I, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1968; II, Viceconsejería de Cultura y Deportes. Gobierno de Canarias, Madrid, 1993.

¹⁴ Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1972.

¹⁵ *Prohemio*, II, 1971, pp. 5-24.

¹⁶ Pp. 10-11 del libro.

¹⁷ En *Mis Islas*, pp. 17-18.

¹⁸ *Ibidem*, p. 24.



Es este español heredero del que se hablaba en Andalucía, y es el que navegantes y conquistadores llevarían a la otra orilla de nuestra lengua, para hacer que el español fuese español:

Desde las Islas, el castellano se proyectó fuera de sus fronteras geográficas y creó una nueva realidad. Ya no castellana, porque Andalucía interpuso sus telones; ya no andaluza, porque las aguas del océano presagiaban inéditos alumbramientos. La lengua se adaptó a una nueva realidad para captarla, transmitirla y recrearla. Lo mismo que iba a ocurrir en el Nuevo Mundo. Y con esa personalidad incipiente, el castellano dejó de ser castellano para convertirse —aquí—, por vez primera, en español. Lengua de fusión y de integración, de plenitud universal y no de visiones terruñeras, de fidelidades acendradas y no de dispersiones pueblerinas¹⁹.

No, no es una clase de Dialectología o de Historia de la Lengua lo que hoy quiero hacer, sino mostrar el convencimiento de mi padre, su compromiso con la lengua, el denuedo por demostrar que las cosas son cómo son y por qué lo son, sin dejarse llevar por doctrinas sesgadas, tan cambiantes como los intereses que las alumbran, sino por la tozudez de los datos comprobados una y otra vez, aquí y allí, por donde la lengua ha ido caminando hasta llegar a la madurez con que hoy la conocemos.

Las Islas eran su pasión, y nos la transmitió a todos los que nos tenía cerca, por un motivo o por otro. Nos lo contó, aunque no nos dimos cuenta, tal vez porque no lo leímos. En la «Nota preliminar» del *ALEICan*, al narrar la realización de la obra, escribió que llegó el momento en que se concluyeron los trabajos, pero «Después he seguido volviendo a las islas —sigo volviendo convertido en fidelísimo testimonio de amor— y he empezado nuevas tareas que me van uniendo cada vez más a ellas. Por eso seguí haciendo encuestas, para que mis alumnos aprendieran lingüística insular y entrañable cariño a unas gentes y a unos pedazos de tierra española».

Tan es así que cuando las circunstancias académicas me llevaron a ocupar una plaza de profesor numerario en la Universidad de La Laguna, hace casi treinta años, ya conocía todas las Islas, sus rincones, sus gentes, también, y no como un turista despreocupado por aquello que tiene delante. Incluso, ya había publicado, por sugerencia suya, uno de mis primeros trabajos, de tema canario, la ictionimia de Viera y Clavijo²⁰, sin saber todavía lo que vendría después. De su mano fui de un lado a otro de las Islas, desconocedor de que el destino tenía preparado que el comienzo de mi carrera académica tenía que ser, precisamente, en Canarias. En su imparable afán por escudriñar hasta el último aspecto de la modalidad lingüística canaria, puso en marcha en 1970 la recogida del *Corpus Toponymicum Canariense* —una de las nuevas tareas comenzadas tras la finalización del *ALEICan*— en el que

¹⁹ *Mis Islas*, citado, pp. 24-25.

²⁰ «La ictionimia en el *Diccionario de Historia Natural* de Viera y Clavijo», en *Actas de v Congreso Internacional de Estudios Lingüísticos del Mediterráneo*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1977, pp. 233-267.

se había de dar cuenta de toda la toponimia de las Islas, con encuestas sistemáticas in situ, revisión de los catastros, de los archivos parroquiales, cotejo con la cartografía más detallada. No había de quedar fuera nada que no hubiese sido documentado alguna vez, en cualquier sitio que se encontrara al alcance, o que no hubiese sido empleado por los hablantes. Fueron dos intensas campañas en las que recorrimos palmo a palmo Lanzarote, Fuerteventura, La Palma, El Hierro, y quedaron para más adelante las otras islas²¹, aunque, esta vez, y por diversas razones, no pudo completarse el conjunto.

Ha quedado grabado para siempre en mi memoria mi primer viaje a las Islas, para iniciar las labores de esa recogida. Vine con mi hermano Carlos. ¡Cuántos viajes teníamos realizados juntos por España y por Europa!, ¡cuántas horas de estudio!, ¡cuántas conversaciones! y ¡cuántos trabajos! Y sin embargo, se nos abrían las Islas por primera vez. Apenas hacía 24 horas que habíamos terminado la primera parte de nuestro servicio militar, también a la par, y fuimos a recoger a mi padre a Málaga, para venir juntos. Llegamos a Los Rodeos —todavía no existía el Sur—, donde nos esperaba Gregorio Salvador, y tuvimos justo el tiempo para pasear, aún entre coches, por la plaza de la Candelaria y por la calle del Castillo (¡ya no puedo recordar la cantidad de veces que lo habré repetido con mis seres más queridos!, ¡ni en solitario, acompañado únicamente de mis recuerdos!). Sólo tuvimos un momento para cenar —en un restaurante chino, en la avenida de Anaga— y embarcarnos rumbo a La Gomera. A la mañana siguiente, nuestras primeras sorpresas: el descubrimiento del aguacate; aún veo el lugar en mis pensamientos, pero había desaparecido cuando en 2005 fui a buscarlo con Aurora (nos acompañaba Alberto Darías, gomero). Todavía mi padre quiso preguntar el cuestionario del *ALEICan* en algún punto —para enseñarnos la lingüística insular—, pese a que la obra estaba redactada, y, además, Carlos aprovechó para hacer unas encuestas en Playa de Santiago, que le servirían para su tesina. Regresamos por Gran Canaria, donde, de nuevo, mi padre, incansable, tenía que seguir preguntando. Siempre he tenido el convencimiento de que era para el *ALEICan* y que habíamos estado en Melenara, pero al mirar las poblaciones encuestadas veo sólo Agüimes. He rebuscado, y resulta que fue en Arinaga, con el cuestionario del atlas de los marineros peninsulares²². Sí, las Canarias están en un atlas de marineros peninsulares, «Peninsulares por las lenguas habladas y por la nación a la que pertenecen los ciudadanos que las hablan (España o Portugal), independientemente de que sean territorios que geográficamente no están en la Península. Pero no entiendo España sin Canarias, ni Portugal sin Madeira. Canarias, Madeira, Ceuta y Melilla eran proyecciones peninsulares antes de que

²¹ Dio noticias del proyecto en «*Corpus Toponymicum Canariense*. Encuestas en Lanzarote e islotes de su jurisdicción», en la revista *Geographica* (Madrid), 2, 1972, pp. 83-96; y, juntamente con Julio FERNÁNDEZ SEVILLA, «*Corpus toponymicum canariense*. 2 Encuestas en las isla de Fuerteventura», también en *Geographica*, 4, pp. 261-280. Ambos recogidos en *Estudios canarios*, II, citado, pp. 417-443 y 445-476, respectivamente.

²² Véase en «*Corpus Toponymicum Canariense*. Encuestas en Lanzarote e islotes de su jurisdicción», en *Estudios canarios*, II, citado, p. 457.



Colón descubriera Guanahaní, lo que no es poco decir. Y allí se vivió, y se sigue viviendo, a la manera peninsular, llámese portuguesa o llámese española»²³.

Aquellas encuestas fueron la manera de ir preparando a los nuevos investigadores, de irnos inculcando el apego por las Islas, que comenzaban a ser, también, nuestras. En aquellos días, y en muchos otros, nos acompañó Mario Padilla, viejo amigo de la familia, y una de las personas que, en su silencio, más ha hecho por la dialectología canaria, desde su bien organizada intendencia, con su afecto, paciencia y buen humor, por muy adversas que se pusieran las cosas. Sin él nada hubiera sido igual, y sin él nada es igual.

Aquel día, al regresar de Agüimes, pasamos por el aeropuerto a recoger al resto del equipo que llegaba para incorporarse a las tareas, y por la noche mi padre nos sirvió de guía en la visita a Vegueta. De él aprendí cada tramo de sus calles, que ya fueron mías. «Tantas veces he paseado estas calles que sus nombres resuenan en mis oídos como versos de canción infantil: *Portugueses, Malteses, Acequia, Pilar Nuevo, Carnicería*. Cuando las gentes se evaden de sí mismas y buscan el clamor de las músicas nuevas o el temblar agresivo de las luces, yo me refugio en estas viejas calles porque para hablar conmigo me bastan mis pensamientos. Medito entonces en la vida de esta ciudad, de este pedazo de ciudad, que ya tiene quinientos años, y platico con viejos amigos muertos hace siglos o con otros que, si los busco, están siempre a mi lado»²⁴.

Gracias a él, yo mismo, pude hacer de guía en numerosas ocasiones, renovando en cada ocasión su entusiasmo y cariño, primero con Aurora, luego con ella y nuestros hijos. Aprendí que una cosa era el Real de Las Palmas y otra Las Palmas, una Las Palmas y otra el Puerto, y la Isleta, cómo se fundó la ciudad, dónde estuvo Colón (y lo que hay de verdad y de leyenda), y por qué el andalucismo de estas hablas (la calle de Triana era el testimonio más evidente). Después volvimos a recorrer aquellas calles una y otra vez, pues los motivos para regresar han sido innumerables, y allí junto estaba la farmacia de Mario Padilla, siempre centro de acogida, descanso y tertulia.

Mi padre no pudo acudir a una ocasión singular, pero fue, en la distancia, nuestro guía como aquella primera vez, aunque 25 años más tarde: con ocasión del Congreso de la ALFAL, en julio de 1996, ya anocheciendo, recorrí los mismos pasos, las mismas calles —ahora partimos en sentido inverso, desde el Parque de San Telmo—, miramos las mismas casas, los mismos balcones, los mismos rincones, y recordé las mismas cosas con Aurora y un grupo de alumnos míos venidos de Málaga...

De Las Palmas a Lanzarote, y después el resto de las Islas. De sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro. Unos paisajes hasta entonces insospechados, unas personas que se deshacían por complacernos generosamente en cada momento. Y él, nosotros, en la tarea cotidiana, escudriñándolo todo, prestando atención hasta

²³ Manuel ALVAR, *Léxico de los marineros peninsulares, 1*, Arco/Libros-Curso de Filología de Málaga, Madrid, 1985, pp. 20-21.

²⁴ Son palabras de la primera página de «Vegueta, la adormecida», recogido en *España. Las tierras, la lengua*, Círculo de lectores, Barcelona, 1991, pp. 173-176.

por el menor de los detalles, aprendiendo de sus labios el método de trabajo, la explicación de los fenómenos que nos sorprendían, el ser y el existir de estas gentes a su tierra, a veces tan poco generosa que las obligaba a cruzar el Océano. Y América aparecía más allá en el horizonte. Así comenzaron a anidar en mí aquellos sentimientos que mi padre quería transmitirnos —hoy bien vivos—, y mi apego por estas tierras. Es uno de los mejores legados que me ha dejado, y que guardo con todo el primor de que soy capaz.

Recuerdo una ocasión en que no pudimos acabar en el tiempo previsto los trabajos en La Palma. Mi padre tenía que regresar a la Península, y había que cumplir otras labores en Gran Canaria. Una parte del equipo volvió con él a Las Palmas para realizarlas. Julio Fernández Sevilla y yo nos quedamos, solos, en aquella isla. Aprovechamos la ocasión para buscar en Santa Cruz una habitación con ducha (en Fuerteventura, en Gran Tarajal, nos duchábamos con una regadera y agua del mar al amanecer). Terminamos, Julio y yo, lo pendiente, y volvimos a Las Palmas donde nos prometíamos algún descanso —la buena cama y el agua corriente no bastaron por culpa del trabajo—, pues mi padre ya no estaba para exigir más esfuerzo. La sorpresa nos esperaba en Gando, cuando, al desembarcar, nos lo encontramos tras los cristales. Había perdido su avión, y la mañana no estaba para bromas, así que tuvimos que agarrar los papeles y ponernos manos a la obra con los demás.

Él nunca dejó sus cuadernos y lápices, que llevaba por todo el mundo. Fue así, metido en otra de sus aventuras, nada menos que el atlas del español de América, como llegó a conocer los últimos vestigios de las hablas canarias en el Nuevo Mundo, cómo aún quedaban gentes en Luisiana que hablan el español de sus Islas. El hallazgo lo llenó de alegría, y de amargura, e inmediatamente regresó con el cuestionario del atlas de Canarias. El Océano había perdido, para él, desde hacía muchos años, el carácter de inmenso, para ser, sólo, un pequeño inconveniente en el ajetreo de los viajes, del que sacaba el máximo provecho: era la garantía de muchas horas para leer, para escribir artículos, para preparar nuevos materiales, para ir dando forma a viejas ideas. *El dialecto canario de Luisiana*²⁵ es testimonio de su desvelo por el hablar canario: «La hospitalidad abrió de par en par sus puertas. Y yo empecé con las preguntas. Los filólogos de otros campos no podían creer en el implacable rigor del dialectólogo: palabras y palabras, miles de palabras. Un día y otro y otro. Irvan Pérez nos daba generosísima hospitalidad y su esposa —italiana— nos preparaba comidas canarias. Yo apuntaba y mi mujer grababa. Sabíamos que estábamos al final del prodigio: morirán estos hombres y sus hijos no hablarán español. Ni criollo, ni vestigial. La muerte con un tajo firme [...]. Desde el ventanal de mi estudio —enorme ventanal— veo árboles desnudos y cielo plomizo. Pero la alegría ha entrado a raudales en las palabras de gentes que quiero más y en paisajes que me ganaron para siempre. Estoy viendo, cuidado, blanquísimo, un cementerio con nombres familiares: ‘El primer regalo que nos hizo el Rey de España’». Y quiso

²⁵ Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1998.

que aquel libro, jirón de las hablas canarias trasplantado a la otra banda del Océano, fuese publicado en las Islas, para devolverlo al lugar del que salió.

Deseo dejar estas páginas de recuerdo, deslavazado porque las emociones no me han permitido hacerlo de otra manera, con sus propias palabras:

Mis Islas me acompañan siempre porque un día entraron en mi vida y están ya en todos mis caminos de uno a otro mundo. Universales y terruñeras, desasidas y entrañadas, como la gloria que supieron crear. Y hoy el profesor de Historia del Español evoca sus trabajos insulares, muchos días, muchos años, pero nunca pensó que este hoy existiera. Por eso, cuando se lo regaláis, deslumbrador y sin comparación posible, quisiera quedarse con vosotros para que el sol nunca se apague, o llevarse las tierras calientes para que nunca haya atardecer en su alma hecha gratitudes²⁶.

Y su despedida al terminar la intervención con motivo del XL aniversario de la publicación de *El español hablado en Tenerife*: «Me habéis hecho vivir y me habéis dado esperanzas. Quiero quedarme con vosotros para siempre»²⁷.

Canarias. Sus Islas, que supo hacer también mías. Tan nuestras.



²⁶ *Mis Islas*, citado, pp. 41-42.

²⁷ «El Español de Tenerife, cuarenta años después», citado, p. 23.